

de su libro «Dos filósofos contemporáneos», pues en este país un tanto ajeno a las preocupaciones trascendentales, esta obra viene a significar un esfuerzo digno de ser imitado por aquellos escritores que pueden lanzar sus ojos hacia las profundidades de la existencia del hombre.—JOAQUÍN MARTÍNEZ ARENAS.



## DOS LIBROS

El azar trajo hasta mis manos, dos libros: Roble Huacho, y La Estatua de Sal. La transmigración de uno al otro fué tan brusca que hube de abandonar largo rato el segundo de aquellos volúmenes para acomodar a él la capacidad de mi receptiva. En verdad, me asombraba a ratos hasta el colmo asomarme a mundos tan desemejantes. En el primero habíame mostrado seres doblemente vivos a fuerza de conocerlos repetidos en casi todos los libros llamados naturalistas, y había llegado hasta el final de él movida por un impulso: descubrir a un compatriota que escribe bien, tanto, que sale airoso en su trabajo con un tema ya exhausto, y si es cierto que, al cerrarlo, fatigaba mi oído el «naturalismo» de los diálogos de sus personajes, debido a que, lo confieso, siempre me resultan inoficiosos y de escaso valor en una técnica descriptiva, de íame, no obstante, que era aquél un escritor nato.

Y entonces, la segunda obra llegó hasta mí.

Cuando se va en auto a gran velocidad cerca de la ventanilla, empieza a faltarnos el aire a causa de la gran cantidad de él que se enfila a nuestro encuentro. Y bien así, un poco abrumada, me enfrenté a ese clima denso, en el que se generaban formas cuyo aliento venía desde las obscuras pulsaciones de un principio no conocido y trascendían hacia una muerte inacabada. El canto crecía en grandes curvas esquivas, envolviendo y despertando fugaces sombras que estaban anidando, como palomas

o cuervos, en quizá qué pliegues de la memoria infinita. Inútil leerle a flor de las palabras o de la oración cabal, porque entonces sí que estaríamos perdidos. Era necesario sumirse y dilatar la visión hacia todas las invocaciones que se alzaban y caían en el embate sufrido por aquel mundo oceánico; mundo de quien se entra en su propia vida porque es llamado por su propia muerte.

De pronto, imágenes ligeras sobre sensaciones finas cruzan el poema como una pequeña serpiente de luz que pasa encima de una fosa:

... y entonces parece que me desvanezco como si alguien  
me estuviera pensando  
y de pensarme yo viviera  
y de súbito yo fuera a desaparecer  
al distraerse.

\* \* \*

La Vida y la Muerte. La Muerte que «lentamente se alargaba detrás del sueño» está adherida al pensamiento del poeta, el que erguido y nutrido de ella, lanzará sus voces tenaces hacia todos los contornos de la vida.

... he reaparecido entre los despojos, he entrado y salido de mí mismo.

... Ahora oprime mi corazón la antorcha, ahora entre  
largos saltos de pajarillos  
siento que muero  
y vivo!

Y pues, la Vida de tal manera es agudamente penetrada por el que así canta, que, oscilando el poema entre tanta sombra, cierra la más enorme elipsis y torna a su terrible origen mortal:

...tu espada echa llamas y tiemblas  
 una ráfaga arrebatada tu alma  
 no resistes el poseerte.

Pero confesemos que, a ratos, nos tomaba casi una angustia de no poder seguir el vuelo de este arte que, diría yo, plasma a grandes ciclos. Aún más, debo decir que operaba en mí de modo diferido. En efecto, en un momento dado, pareciéndome que zozobraba yo en sus tremendas mareas de abstrusos juegos, abandoné el libro y también la estancia; y bien, de súbito, en aquel punto transitivo entre la inteligencia y la intuición, todo el canto estaba abierto ante mí, revibrando en su extraña fuerza.

Y he aquí el último verso que eleva la estatua de sal en su ardiente humana llamada al intenso vivir del humano corazón:

...he de vivir por vez primera en este día cierto,  
 con mi muerte cautiva  
 He de caminar al encuentro de las cosas y de los seres  
 ¡Reproducirlos!  
 ¡El Mundo! ¡El Mundo!  
 .....  
 ¡El corazón aplacado coloca en sus huecos  
 Los ardientes rostros de los hombres!

\* \* \*

Imagino que, quizá, pueda levantar protestas el parangón con que esta pequeña glosa se inicia. Pero ocurre que el ascao generó un proceso que marca su importancia en quien lee con sinceridad e independencia. En efecto, si no me hubiese tocado pasar de un libro a otro sin interpolación, no me hubiese conmovido hasta el extremo de que, por vez primera, la poética ultra moderna encuentra eco en mí. Con esto pretendo explicar que el cotejo no tiende a descalificar un libro de excelente cali-

dad, como Roble Huacho, cuyo género no puede, en ningún caso desaparecer, como tampoco podría negar que el pesado sedimento metafísico que sustentan los poemas de Díaz Casanueva ha ejercido su atracción sobre mi espíritu. El señor Belmar es un buen relator de las cosas exteriores que se han ofrecido a su observación, incluido el paisaje. El señor Díaz Casanueva arranca de sí mismo y crea con su propio elemento. El libro de éste es poesía y el de aquél novela, es verdad, pero eso cuenta poco. Épocas hubo en que las narraciones se hicieron en versos, así como a estos Cuatro Cantos se les dió forma en prosa. Toda Literatura no es, en última definición, sino un relato. Es cuestión sólo de graduaciones. El arte es Uno y sus evoluciones, cualesquiera que sean, si le pertenecen, gravitarán sobre su esencia.—MARÍA CAROLINA GEEL.



PSICOGENESIS DEL ARTE, por el *Dr. Ramón Clarés Pérez*

Tenemos la costumbre de subrayar los pensamientos interesantes que encontramos en los libros. Y en el caso, asaz singular, de este titulado «Psicogénesis del Arte» el gasto de grafito ha sido el máximo.

Su autor, don Ramón Clarés (1892-1946) siguió un itinerario que, en cada estación, fué consecuente con sí mismo y con su medio. Entusiasta animador de ateneos en su juventud, los años postreros los vivió al margen del mundanal ruido y engolfado en sus tareas profesionales de médico y, principalmente, en el estudio de la psicología a través de sus cultores modernos más representativos, tales como Freud, Yung y Adler.

Todo lo que aprendió de esos autores, más su propia cosecha, no escasa, convirtieron la suya en una de las voces autorizadas del psicoanálisis en Chile.

Por suerte tal acervo cultural, acumulado en años de pasión y de vigilia, no desapareció con su muerte, pues lo dejó escrito